

# LA CARAVANA DEL'OREGANO



SHIRLEY TEMPLE

25cts

*3001*  
2

# BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL  
RAMÓN SALA VERDAGUER "ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES  
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS  
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbará, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XII APARECE LOS MARTES NÚM 655

## LA CARAVANA DEL ORÉGANO

Argumento de la película del mismo  
nombre, interpretada por la gentil  
artista

SHIRLEY TEMPLE

---

EDUCATIONAL PICTURES

Distribuidor por España:  
JULIO ELIAS

Calle Valencia, 213 Barcelona

---

### REPARTO

Baby . . . . . SHIRLEY TEMPLE

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

## I

Esta historia corría por los tiempos en que los primeros colonizadores de la América se dispusieron a descubrir y sacar de la tierra todos los tesoros que encerrara. La fiebre del oro se había extendido en todo el mundo y la gente ávida de crearse una riqueza hablaba fervorosamente de aquellos recónditos lugares en los que creían saciar su sed de fortuna.

Diariamente, emigraban los habitantes de distintas aldeas formando largas caravanas tiradas por pesados bueyes, abandonando el pueblo natal en pos de una ilusión que tal vez no podría realizarse nunca... Mas ninguno tenía en cuenta estas consideraciones y desafiando todos los peligros avanzaban hacia donde ellos creían tierra de promisión.

En aquellas típicas caravanas podían verse personas de todas razas, entre ellos se había establecido una corriente de simpatía y familiaridad que se cimentaba más a medida que transcurrían los días llenos de monotonía.

Los emigrados llevaban con ellos a sus es-

posas, hermanas, hijos; en una palabra la familia entera y claro está entre los pequeños que acompañaban a sus padres también cundió el entusiasmo y la fiebre que contagiaba a los mayores.

El matrimonio Sally, llevaba a su hija única, una encantadora niña de seis años que gozaba de las simpatías de todos tanto por su sencilla ingenuidad como por la gracia que emanaba de su personilla; le llamaban Baby porque su carita podía confundirse con la de una preciosa muñeca y era muy amiga de otro niño llamado Ted.

Mientras Baby iba sentada dentro del carromato, su cabeza daba vueltas pensando que podía idear para no pasar los días tan aburridos y muy pronto tuvo una idea luminosa, sacó la cabecita por fuera de la carreta y llamó:

—¡Ted! ¡Escúchame!

—¿Qué quieres Baby? —respondió el interpelado, un muchachito rubio como una onza de oro y de ojillos muy vivarachos.

—He pensado que nosotros también podemos hacer una caravana y hacer ver que también vamos a hacer fortuna.

—¡Muy bien pensado! pero necesitamos algunos que sean indios, si no es así no será bonito! —exclamó Ted.

—No te preocupes por tan poca cosa. ¡Ya encontraremos indios! Ahora debemos es-

perar a la noche para que nos podamos reunir todos y decidir quienes serán los indios y quienes los exploradores.

—Me parece que podríamos poner a Joseph de jefe de la expedición. ¿qué te parece?

—Tiene muy mal genio —contestó Ted.

—Precisamente por eso. Los jefes deben tener mal genio, pues si no lo tienen no son buenos jefes, para convencerte mira al señor Kit y verás que siempre está refuñando y gritando —dijo Baby refiriéndose al que hacía de Jefe de los expedicionarios.

Durante todo el camino ni Ted ni Baby hablaron más de aquel asunto y en su ilusión infantil, esperaban ansiosamente la llegada de la noche para empezar sus juegos; mas su paciencia iba ser puesta a prueba por sus padres. El lugar donde debían sentar su residencia se hallaba muy cerca y los buscadores de oro acordaron continuar el camino sin descansar.

Los pequeños pese a su impaciencia no tardaron mucho tiempo en quedarse dormidos y cuando abrieron los ojos se hallaron en un paisaje de exuberante belleza, los árboles crecían altos y toda la vegetación formaba una belleza incomparable de la madre Naturaleza. Baby y Ted mientras sus respectivos padres se ocupaban en levantar un fuerte que les pusiera al abrigo de posibles ata-

ques de los habitantes del país y de los que no habían visto a ninguno; pero era preciso prevenirse.

Ted se puso el sombrero de su padre y adoptando una actitud de supremacía llamó a los otros niños que debían tomar parte en sus juegos.

—¡Muchachos! ¡Nos reunimos aquí para deciros que entre Sally y yo hemos pensado formar una caravana de buscadores de oro! Necesitamos hombres que quieran ser buenos y luego otros que sean malos, o sean indios.

—Yo quiero ser bueno! — exclamó uno.

—Yo también! — griotó otro.

—¡Y yo! — manifestó un tercero.

Era imposible entenderse, no había uno sólo que quisiera hacer el indio y en vista de ello Ted dijo:

—Puesto que todos queréis ser exploradores, nos lo faremos a pajitas.

—¡Bravo! — exclamaron a coro todos los muchachos.

Ted, ayudado por Baby, cogieron unas pajas e hicieron unas cortas y otras largas; luego Ted se las ocultó en la mano con el puño cerrado y dijo a los concurrentes:

—Todo aquél que coja paja corta, será indio y el que saque la más larga será explorador. Ahora ¡manos a la obra!

Uno por uno fueron tirando de las pajitas

y así quedaron divididos aquellos dos bandos, que desde aquel momento se prometían guerra eterna. No obstante había uno que no quería tomar parte en aquellos juegos, lo que visto por Ted le obligó a que fuera a su encuentro, preguntándole:

—¿Por qué no quieres jugar con nosotros?  
¿Te acobarda luchar con indios?

—No, pero yo soy Tarzán de los micos y sólo lUCHO con los leones; si en alguna ocasión necesitáis mi ayuda, llamaré y yo responderé con este grito: —Tarzán se puso las manos en la boca para que le hicieran de portavoz y, abriéndola desmesuradamente, gritó: ¡Aaaaaooooooaaaaaa!

El nuevo Tarzán estaba colorado de tanto chillar y, cuando ya no pudo continuar más su concierto, callóse. Entonces Ted le alargó la mano y le dijo:

—Agradezco tu ofrecimiento y, para que veas que es de verdad, te regalo este anillo que quité al jefe de los Apachos.—Acompañando la acción a la palabra, Ted sacóse un anillo, si es que así puede denominarse a un trozo de cordel que llevaba arrollado en un dedo; pero aunque eso fuera, Tarzán por lo visto lo tuvo en mucha estima, ya que se lo guardó cuidadosamente en el bolsillo del pantalón,

## II

Transeurría el tiempo sin que nada fuera a alterar la paz de los habitantes del fortín, el cual ya estaba terminado, y todos en general partían por la mañana y no regresaban hasta que la noche empezaba a extender su negro manto en la selva. Se trabajaba con mucho ahínco, mas nadie había logrado arrancar de la tierra ni un pedazo de carbón mineral. ¿Había o no había oro? Esta pregunta se la hacían diariamente esperando que tarde o temprano hallarían el mineral tan afanosamente buscado. En el fortín sólo quedaban las mujeres, cuatro o cinco hombres y los componentes de la nueva caravana.

Los que habían asumido el papel de exploradores habitaban dentro del fortín y continuamente tenían un guardia instalado en la puerta para que, tan pronto divisara a los indios, diera la señal de alarma; pero por lo visto los "terribilísimos" comanches no tenían mucha prisa para empezar el asedio de la plaza, cosa que se comprende perfectamente, si el lector hubiera visto los preparativos que tenían. Cada indio tenía que pro-

curarse la pintura para ponerse del color rojo, plumas para la cabeza, madera para las hachas, ropa para las tiendas, etc., etc.

Claro está que el lectorecito pensará: ¿de dónde sacarán estas criaturas todo esto? Muy sencillo; unos indios tan valientes no retroceden ante nada y he aquí que la mamá de uno de ellos fuera al corral y, poniéndose la mano en la cabeza, exclamara al ver una gallina completamente desplumada:

—¿Quién habrá sido el atrevido de comer semejante maldad con mi gallinita?

En otro sitio otra mujer se preguntaba:

—¿Dónde habré puesto las sábanas que no las encuentro?

Y en otro:

—Pues yo juraría que había dejado el bermeñón para pintar las vallas.

Y así en muchos lugares y casas distintas todo aquél que tenían pequeños, se encontraba a faltar con sábanas, maderas, pinturas y demás utensilios utilizados por los héroes de la pradera para sus juegos. Los que menos habían revolucionado sus hogares eran los exploradores, aquéllos con un sombrero de su padre, una pistola de madera y una trompeta sustraída también, tenían suficiente... de momento, pues más adelante se verá que si empezaban con poco, en cambio acababan con mucho.

Baby se había convertido en la heroína de

la colonia y ella tenía que dedicarse a lavar la ropa de los muchachos, hacer la comida, arreglar los animales domésticos y, en fin, todas las faenas propias de una mujer. Para que la cosa pareciera más real, Ted dijo a Sally:

—Todavía falta una cosa y es que yo debo enamorarme de ti y Joseph también, pero como yo seré más valiente que él, tú te casarás al final conmigo.

—¿Y qué quiere decir esto de enamorarse? — preguntó Sally.

—Pues..., pues... se trata de que siempre jugaremos juntos, pasearemos juntos, y nada más debes hacerlo conmigo, pues si miraras a Joseph, ya no valdría el juego.

—¿Y también tendré que darte los bombones que me den mis papás? — preguntó ingenuamente Baby.

—¡Claro! En todo debemos ser iguales— exclamó Ted.

—Pues mira, ¡esto no me parece muy bien! — contestó poniendo una cara muy seria Baby.

Los indios ya habían terminado sus preparativos y, muy cerca del fuerte, podían admirarse las sábanas convertidas en hermosas tiendas de campaña o wigwam, nombre en que los indios dan a sus viviendas; además las tiendas estaban pintadas con fuerte color rojo y en el centro de lo que

sería pueblo indio, habían colocado un poste para someter a los prisioneros al tormento. Las plumas de la gallina habían servido para hacer los casquetes de guerra de las maderas habían hecho hachas y lanzas, en fin, no faltaba detalle alguno, pues en cuanto al color de la piel los indios de ocasión no tuvieron ningún reparo en pintarrase y ponerse hechos una verdadera calamidad.

El que hacía de jefe de Comanches llamó a sus guerreros y les dijo:

—Muy pronto debemos dar el asalto al fuerte, necesito indios que sean valientes para que vayan a dar un paseo de exploración cerca de él y darme detalles de cómo está situado el enemigo.

Tan pronto hubo terminado de hablar, salieron dos o tres guerreros de los más grandes y exclamaron:

—Gran Jefe, nosotros nos jugaremos la vida e iremos a sorprender los secretos de nuestros enemigos los rostros pálidos.

—Id y que Manitu os proteja—exclamó el Gran Jefe.

Arrastrándose por el suelo, los tres pieles rojas emprendieron la marcha hacia el fuerte, procurando ocultarse entre la hierba, para pasar desapercibidos por el centinela, que con un fusil en el hombro se paseaba por delante de la puerta de entrada. Llegados

muy cerca del guardia, uno de los indios dijo en voz baja.

—El rostro pálido está muy confiado, podríamos intentar la captura de algún enemigo.

—Ahora no debemos hacerlo, Ojo de Buitre—protestó otro.

—Entonces regresemos al campamento para dar noticias al jefe—manifestó el que primero había hablado.

Lentamente regresaron al campo indio y allí expulsieron el resultado al Gran Jefe, que, fumando su pipa, oía con interés las noticias que le iban dando sus guerreros. Cuando todo lo tuvo bien entendido, dijo:

—Ojo de Buitre, te daré la mejor parte del botín que recojamos en el fuerte. Ahora toca el tamtam para que todos estén listos a partir en cuanto yo lo ordene.

Ojo de Buitre no se hizo repetir la orden y, cogiendo una lata de conservas vacía, que servía para tamtam, empezó a aporrearla, a pesar de la cara de disgusto que ponían algunos indios que por lo visto no les gustaba mucho aquel ruido.

Los del fuerte oyeron el ruido del tambor y Ted, como si fuera un verdadero general, dió los toques anunciadores de guerra y pronto se reunieron a su alrededor cerca de quince soldados prestos a defender el fuerte. Todos ellos iban provistos de sendas pistolas de



- Nosotros nos jugaremos la vida.

madera y demás pertrechos de guerra infantil. Cuando Ted los vió a todos, les dijo:

—¡Muchachos! Los indios van a empezar el asedio del fuerte y es preciso nos defendamos hasta morir. Espero que cada uno de vosotros sabrá cumplir con su deber. Ahora cada uno a su sitio y ojo avizor.

Cada puerta fué cuidadosamente guardada por un explorador que con el arma en

la mano esperaban el momento de entrar en acción. Ted fué en busca de Baby y le dijo:

—Baby, dentro de poco empezaremos nuestra primera lucha; prométeme que no te moverás de aquí pase lo que pase. Estos indios son muy malísimos y si te cojen te martirizarán mucho.

—Ya me cuidaré yo de que esto no suceda—exclamó una voz a su espalda. Ted volvióse y se encontró delante de Joseph, que, dirigiéndose a Sally, le ofrecía:

—Si se encuentra en peligro, no tiene más que gritar y yo acudiré presto a socorrerla.

—¡Sargento Joseph! ¡Aquí el único que ofrece apoyo soy yo!—dijo Ted imperativamente.

El sargento miró con rencor al que ya consideraba su rival y se marchó a su puesto de observación. No hacía mucho rato que estaba, cuando vió moverse ante sus ojos unas ramas que sin duda ocultaban a los indios, dió la voz de alarma y del interior del fuerte empezaron a arrojar cubos llenos de agua, botes de pintura y todo aquello que podía causar bajas al enemigo. Los indios sorprendidos ante aquella inesperada resistencia dejaron las ramas que les servían para ocultarse y a toda prisa se refugiaron en sus tiendas para esperar mejor ocasión y asegurarse una victoria.

## III

Durante el día aquellos dos bandos eran irreconciliables enemigos, pero cuando la noche empezaba a aparecer, tanto indios como exploradores, dejaban la guerra para el día siguiente y en perfecta armonía pasaban la velada jugando a otras cosas; mas en cuanto el sol despuntaba, ya estaban otra vez en plan de lucha, aunque los indios, escarmientados de la primera paliza, tenían miedo de acercarse al fortín y esto dió grandes ánimos a los exploradores. Cuando se dieron cuenta de que no eran molestados por los indios, se decidieron a ir en busca del oro y una buena mañana Ted, acompañado de Baby y dos soldados, fueron a rondar por los exteriores del fuerte con el ánimo de hallar oro.

Hacía media hora que estaban excavando en la arena, cuando se dieron cuenta de que Baby había desaparecido. Ted no pudo comprobar con gran terror por su parte y pregunto a unos de los soldados:

—¿Has visto a Baby?

—No, mi general — contestó el soldado.  
—¡Pues entonces la han robado! — exclamó Ted lleno de desesperación y luego ordenó:

—Rápidamente vete al fuerte y trae a Sam para que la busque; él es natural de estos países y conocerá bien el terreno.

El soldado saludó militarmente y luego fué en busca de Sam, el negrito, que, muy contento de poder servir a sus amigos, se fué con el soldado presto a encontrar a Baby.

Largo rato vagaron por aquellos lugares sin que la niña apareciera y, por fin, ya cansados de tanto buscar, se decidieron aguardar al día siguiente para ver si entonces tenían más suerte.

Ted, acompañado de Sam y de sus amigos, emprendieron el regreso al fuerte y allí vió a Tarzán ocupado en amaestrar a un perro que le servía para sus correrías a través de las selvas, lo distrajo un momento, diciéndole:

—Tarzán, hemos perdido a Baby mientras buscábamos oro y no sabemos dónde se podrá encontrar.

—No te preocupes, mañana sin falta partire a buscarlo y no dudéis de que la encontraré.

—En ti confío. Si la encuentras, te regalaré medio kilo de oro.

Tanto los exploradores como los indios ignoraban que además de aquellos dos partidos que habían creado, otros muchachos del

fuerte habían formado una tribu de negros antropófagos y éstos debían dar mucha faena a los valientes buscadores de oro.

Como se recordará, Baby había acompañado a Ted y a los suyos a través de la selva y, cuando estaban todos muy atareados cavando en la tierra, unos indios salieron tras de unas matas y cogieron la muchachita, tapándole la boca para que no gritara; luego a toda prisa la llevaron al campamento y el Gran Jefe decretó la muerte de la pobre Sally que estaba medio muerta de miedo. La ataron al poste de la tortura e inmediatamente comenzaron las danzas y los gritos de los indios.

Ojo de Buitre dijo a sus compañeros:

—¡Le haremos correr el guantelete!

—¡Bravo! ¡Viva Ojo de Buitre! — exclamaron los demás indios entusiasmados.

Desataron a la prisionera; los indios se pusieron en fila uno frente a otro y Baby debía pasar corriendo entre ellos. A una señal del Gran Jefe la prisionera empezó a correr; entonces los indios a medida que Baby pasaba agachada por delante de ellos, iban dándole golpes con la mano en... salva sea la parte. Terminada la prueba del guantelete, volvieron a amarrarla y nuevamente empezaron los gritos y las danzas.

Mas he aquí que llegó una complicación que ellos no esperaban: cuando más ilusio-

nados estaban danzando y cantando, aparecieron los negros con un aspecto de fiereza tal, que tanto Ojo de Buitre como sus secuaces emprendieron una fuga algo acelerada, dejando a Baby a merced de los antropófagos.

Uno de los negros dijo a los suyos:

—Yau, yau, maramiau (que quiere decir llevémonos a la muchacha).

Y he aquí cómo Baby se vió entonces a merced de aquella gente que ella no conocía e ignorando la suerte que le esperaba, aunque no estaba muy segura de que la dejaran con vida, pues las feroces miradas de los negros la hacían temblar desde la punta de los cabellos hasta las uñas de los pies.

Un centinela negro anunció al poblado la llegada de sus compañeros con la prisionera y los demás habitantes salieron a recibirlas, dando muestras de júbilo por el botín que traían.

Los negros cogieron un gran caldero y lo pusieron en medio de la plaza y uno de ellos, que sabía el idioma que hablaba Sally, le dijo:

—Tu suerte esta decidida. ¡Estás condenada a morir asada, para que nos sirvas de alimento!

A Baby no le hizo mucha gracia aquello de morir como un simple pollo dentro de la sartén, pero confiaba en que Ted iría a

libertarla y castigaría a los negros como debía. No se equivocaba; Ted estaba organizando un ejército para ir en busca de Sally; todos los soldados estaban en sus puestos para partir tan pronto lo ordenara Ted, mas éste no se decidía a dar la orden, porque le faltaban municiones para guerrear a los indios. ¿Qué hacer?

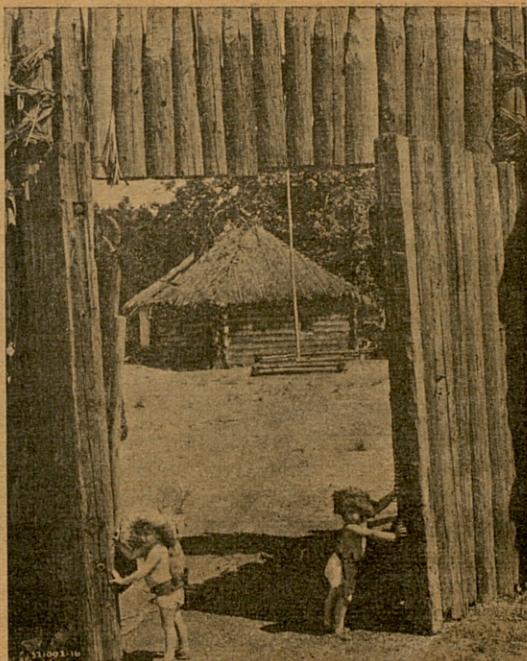
Con estos pensamientos estaba, cuando por delante de él pasó el panadero del fuerte, llevando en su cabeza una gran madera llena de tortas, que seguramente debían servir para la alimentación de los habitantes del fuerte. Aquello le dió una idea, fué hasta donde sus soldados aguardaban órdenes y dijo:

—¡A ver! ¡Tres de vosotros que vengan conmigo!

Los tres soldados dieron un paso adelante y con Ted delante fueron hasta la tahona, sin saber lo que pretendía hacer su superior. Entraron decididos y ante su vista aparecieron más de cien tortas recién sacadas del horno y dispuestas a ser repartidas. Ted sin vacilar dijo a los soldados:

—Coged estas tortas y cargarlas en un carro.

Y así de esta manera en menos de diez minutos las tortas habían desaparecido con muestras de visible disgusto del panadero,



Las puertas del fuerte se habían abierto.

que se tiraba de los pelos sin comprender cómo se habían esfumado.

Las puertas del fuerte se habían abierto, saliendo un carro tirado por tres caballos, en

cuyo carromato iban las tortas que debían servir como granadas para combatir a los indios. Tras del carro iban los soldados formados como un verdadero batallón y a toda marcha llegaron frente al campamento del enemigo.

Los indios, al ver que iban a ser atacados, requirieron sus hachas y sus flechas y abrieron fuego contra el invasor; aquellos disparos fueron mortales para los soldados, pues tres de ellos fueron tocados y puestos fuera de combate.

Entonces Ted gritó:

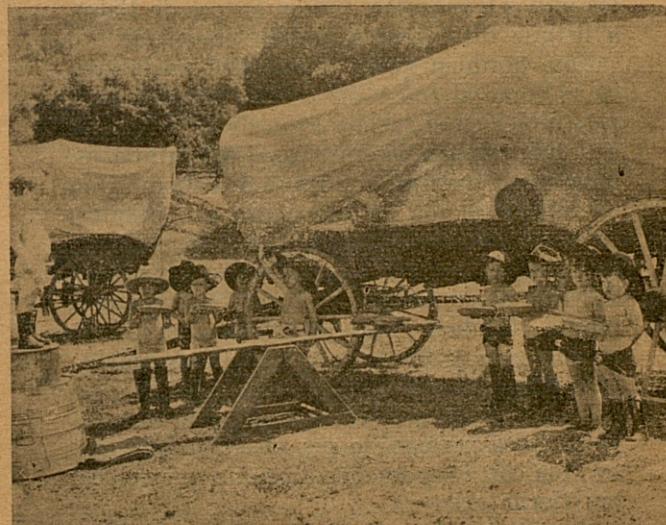
—¡Bombardeen!

Con dos maderas hicieron una palanca, mejor dicho, una catápulta, en cuyo extremo se ponía una torta y en el otro saltaba un soldado, saliendo la torta despedida por los aires, dando en plena cara de los indios. Los tiros eran muy certeros y en pocos segundos todos los indios yacían en el suelo con la cara completamente desfigurada por obra y gracia de la harina y la miel. Ted y los suyos fueron rápidamente a hacerlos prisioneros y acabarlos de rematar, pero Ojo de Buitre dijo:

—¡Rostros pálidos! No hagan nada a los indios. No tenemos a la muchacha. Unos horribles negros nos la robaron.

—¿Qué dices?—exclamó Ted.

—Sí. Ayer cuando nos disponíamos a ma-



—¡Bombardeen!

tar a la muchacha blanca, unos negrazos aparecieron por aquí y se la llevaron. No sabemos quiénes eran...

—Pero los negros eran de verdad?—preguntó Ted.

—Eran grandes como nosotros y tenían cara de malos—contestó Ojo de Buitre.

—Si nos engañas volveremos y os mataremos a todos—manifestó Ted y, dejando a

los indios tranquilos, fueron en pos de Baby, a la que difícilmente podían encontrar.

Sam también quiso tomar parte en la busca y, como si fuera un perrito cazador, empezo a oler en el suelo y avanzar en dirección a donde estaban los negros, y tan ufano estaba en su trabajo, que no se dió cuenta que delante de él iba un oso negro con pésimas intenciones. Sam tropezó con sus patas y, pensando que sería un cactus, no hizo caso; desvióse de su camino y lo que él creía una planta, también hizo lo mismo, repitió la misma cosa y también la planta se movió; entonces escamado levantó la vista y ¡pies para que os quiero! Sam emprendió una carrera épica perseguido por el animalito, que no veía con muy buenos ojos que se escapara tan tierna criatura.

Sam volvía la cabeza de vez en cuando y siempre veía al oso tras él, sin la menor intención de volver sobre sus pasos y así corriendo llegó hasta donde todavía estaba Ted con los indios discutiendo. Por allí pasó como una exalación, gritando:

—¡Que viene un oso!

Ted no dió importancia y continuó parlamentando, pero cuando vieron que era verdad lo que había dicho Sam, empezaron a correr sin acordarse de Baby ni de nada y el dichoso osito corre que te correrás persiguiéndoles. En vista de que no tardarían mu-

cho en ser alcanzados por la fiera, optaron por encaramarse a los árboles y Dios sabe el tiempo que estuvieron en tan incómoda postura, pues el oso no tenía por lo visto prisa en marcharse, levantándose en dos patas para alcanzar a los que estaban fuera de su alcance.

Ted pensaba: ¡si Tarzán estuviera cerca!; pero el valiente hombre mono estaba en el fuerte metido en una bañera mientras su mamá le lavabá. Era, pues, cuestión de hacer alguna cosa con tal de arrojar de allí al paciente animalito, que sin duda alguna pensaba darse un soberbio banquete a costa de los muchachos y así, mientras unos distraían al oso, Ted bajó rápidamente del árbol y emprendió carrera hacia el fuerte y allí se apoderó de una piel de león, se metió dentro de ella, dirigiéndose donde estaban sus amigos. Imitaba en todo lo que le era posible al rey de la selva y, rugiendo fuertemente, llegó ante el oso, que todavía no se había marchado.

El supuesto león lo miró con atención y dióle un golpe con la garra, y el oso, creyendo que también quería tomar parte en el prisa y como hay tantos nos pondremos harfestín, le dijo:

—No te apures, amigo León, yo no tengo tos.

El León quedóse viendo visiones, no sabía que los animales hablaran, pero contestó:

—Lo que quiero es que te marches y me dejes solo o de lo contrario voy en busca de mis amigos leones y te comeremos a ti.

—¡Egoísta! ¡Aquí hay comida de sobras para los dos!—contestó el oso.

—Nada más que para mí ¡Yo tengo mucha hambre!—dijo el león.

—Oh no lo dudo, ¡pero no tanta como yo!

—Te digo que sí.

—Y yo te digo que no.

Entonces el león pensó que ganaría más con la astucia y dijo:

—Amiso Oso, no vale la pena discutir tanto. Entre los dos nos los comeremos. Tú hace ya rato que estás esperándote, de manera que si quieras puedes ir a echar la siesta y yo vigilaré.

—¡Muy bien pensado!—exclamó el oso y, alargando la mano, o mejor dicho la garra a su amigo león, fué a tumbarse a la sombra de un árbol.

Entonces los exploradores y los indios esperaron a que el animal estuviera bien dormido y Ted, sacándose la piel de león, dijeron a sus compañeros que bajaran, los cuales, con mucha precaución para no despertar a la fiera, se marcharon hacia el fuerte a descansar después de tantas emociones, dejando para más tarde la busca de Baby.

#### IV

La pobre Baby estaba ya pesarosa de haberse metido en aquellos juegos, pues los antropófagos le decían que no tenían la menor intención de dejarla escapar y que estaban dispuestos a comérsela asada, cosa que a ella no le gustaba mucho, pero nada podía hacer por estar indefensa y no tener siquiera ni una aguja con qué poder herir a alguno de aquellos bergantes. Conformóse con su triste suerte y esperó pacientemente que la metieran dentro de la cazuela.

Los negros por lo visto también tenían prisa en terminar pronto con la muchacha, pues unos encendieron el fuego y los demás se sentaron en el suelo cantando la María de la O, himno que era para ellos la canción de la alegría y de juerga; otro negro bailaba al compás de la canción y los demás tocaban palmas, acompañando los cánticos.

El que hablaba como Sally, se le acercó y le dijo:

Siento mucho no poder hacer nada por usted; yo también estoy aquí en contra de mi voluntad. Me han dicho que en cuanto

salga el sol que irá a parar dentro de la cazuela. Muéstrese valiente y tal vez le evitarán torturas.

—Gracias—contestó Sally—. ¿Y no podría hacer algo para avisar a mis amigos? Ellos quizás me salvarían.

—Lo intentaré, aunque lo dudo. ¿Qué quiere que les diga?

—Dígales en la forma en que me encuentro, que voy a ser asada como un simple conejo y que si no se dan prisa no llegarán a tiempo.

—Veré si puedo eludir la vigilancia y partiré al fuerte a prevenir a sus amigos.

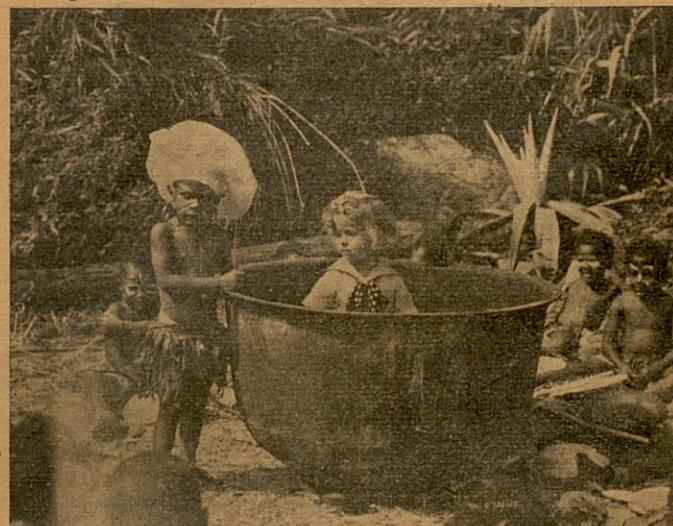
—Si así lo hace, cuando esté libre, le daré una buena recompensa.

—¿Qué me dará?—preguntó el negro.

—Una cajita de pinturas y dos entradas para el teatro del fuerte.

—Bueno, así no dude de que la salvarán —contestó el negro.

Mientras la fiesta seguía en todo su apogeo, el negro amigo de Sally esquivó la vigilancia de los centinelas y con mucha cautela salió del campamento dispuesto a prevenir a los amigos de la prisión. Llegó al fuerte y se encontró con que las puertas estaban cerradas, llamó y no le oían, hizo por saltar la muralla, pero ésta era demasiado alta y no podía; entonces cogió un palo y lo arrojó por encima, yendo a caer en la



Cuando salga el sol irá a parar dentro de la cazuela.

cabeza del centinela del fuerte que estaba dormitando beatíficamente y que de resultas del golpe quedó todavía más dormido.

El pobre negro se impacientaba por momentos y, no sabiendo qué hacer para que le abrieran, empezó a escarbar en el suelo cerca de la puerta de entrada, hasta que hizo un agujero que le permitió colarse; apenas asomó la cabeza, Sam, que por casualidad

pasaba pór aquel lugar, al ver uno de su raza, le ayudó a entrar y el negro dijo:

—¡Rápido! ¡Di a los soldados que la muchacha secuestrada está a punto de servir de comida a los antropófagos!

—¡Pobre Baby! ¡Espérate aquí que voy a avisar al capitán!

Sam fué corriendo a casa de Ted y le dijo:

—¡Capitán, ahí fuera hay un negro que dice que Baby va a ser convertida en conserva!

—¡Voto a Satanás! — exclamó Ted —. ¡Pronto! ¡Da la orden de marcha y veamos si llegamos a tiempo de salvarla!

Ted salió abrochándose el cinturón con su pistola y hallóse con Tarzán, que, muy extrañado, veía aquellas rápidas maniobras, preguntando:

—¿Se puede saber lo que pasa con tantas prisas?

—Baby está en poder de los antropófagos y se la van a comer. ¡Tarzán tú nos puedes ayudar!

—Sí, Ted, voy en seguida, mientras vosotros vais por el camino yo os seguiré por encima de los árboles y seguramente llegaré antes que vosotros.

Tarzán despojóse de sus ropas, púsose la típica piel de león y, dando su grito peculiar, encaramóse por los árboles, saltando de uno

a otro con gran maestría y precisión. En cortos intervalos Ted oía:

—¡Aaaaaooooooaaaaaa! — era el grito de Tarzán que les seguía. Los pájaros, asustados por aquel intruso, se refugiaban en las ramas más altas y miraban sorprendidos al muchacho.

Después de mucho saltar y correr, Tarzán llegó hasta el poblado negro, en donde Baby estaba ya colocada en el caldero a punto de ser asada. No esperó a más Tarzán y, dando un gran salto, fué a caer en medio de los negros, que, aterrados, huyeron precipitadamente, mientras que Ted y el negro amigo llegaban también al sitio que buscaban.

Baby, contenta de hallarse entre los suyos, se echó al cuello de Ted y le dijo:

—Gracias a ti no estoy convertida en manjar de esos horribles negros.

—Muchachos, ahora debemos exterminar a esta tribu para poder vivir en paz: ¡al ataque!

Los soldados se lanzaron valientes en pos de los negros, a los que encontraron cerca de un lago. Estos, al verse perseguidos, se echaron al agua sin pérdida de momento y... cuando sacaron la cabeza, ¡se habían vuelto en blancos! El agua había realizado el milagro de quitar toda la pintura a los supuestos antropófagos y esto les salvó de una paliza cierta de los valientes soldados, que, viendo

se trataba de amigos suyos, les ayudaron a salir del agua y luego todos juntos emprendieron el regreso al fuerte, mas otra aventura les esperaba. El oso que se había quedado dormido en la sombra del árbol, se cansó de esperar que el amigo León le avisara y, al despertarse, vió que había sido objeto de burla; enfurecióse mucho y se marchó corriendo con el ánimo de encontrar al león y hacerle pagar cara su pesada broma, pero en vez de encontrar a su rival, a los que encontró fué a Baby y sus amigos.

Dispuesto a merendárselos, fué a su encuentro y nuevas carreras de los buscadores de oro, pero esta vez la fuga era rápida, toda vez que el oso no estaba decidido a que se le escaparan y corría como el viento. El fuerte ya estaba muy cerca y esto les daba más ánimos; la fiera casi les tenía y, de nuevo oyóse el grito de Tarzán llamando a su perro Leal, el cual arrojóse sobre la fiera y en pocos instantes dió buena cuenta del oso.

## V

Las luchas quedaron terminadas y Ted dijo a Baby:

—Ahora que ya tenemos la paz en estos contornos, puedes casarse conmigo.

—Sí, eso haremos, prepáralo todo y, cuando estés, vienes a buscarme y nos casaremos.

Ted dió las órdenes de que se hiciera un gran banquete y para esto sirvieron las tortas del panadero que por segunda vez fueron sustraídas. El caso era como para desesperar a cualquier y el pobre panadero, a pesar de buscar y rebuscar las tortas, no las podía encontrar, hasta que, cansado, fué a sentarse encima de una silla, haciéndolo con tan mala fortuna, que su cuerpo fué a parar adentro del recipiente lleno de pasta de las tortas.

Afuera ya se había celebrado el matrimonio de Baby con Ted y estaban muy entusiasmados comiéndose las tortas. La novia llevaba un hermoso vestido de su mamá y Ted iba vestido con un traje de su padre; los soldados también formaban parte del banquete y todo estaba en la más perfecta armonía hasta que llegaron los papás de sus

Obr. Francis Ross

respectivos retoños dispuesto a hacerles pagar caras sus travesuras y, después de algunas palizas y amonestaciones los heroicos buscadores de oro decidieron dejar aquellos juegos algo peligrosos y dedicarse a otros que no tuvieran tanto trabajo.

Los indios, antropófagos y exploradores, firmaron el armisticio y vivieron en paz durante todos los días sucesivos y el panadero no tuvo que lamentar nunca más la pérdida de las tortas, así como las gallinas no perdieron las plumas y las sábanas servían para las camas en vez de tiendas de campaña.

FIN

---

**GRATIS**

se le remitirá el

**CATALOGO ILUSTRADO**

que contiene gran variedad de  
amenas publicaciones, pidiéndolo

a **EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona**

**SHIRLEY TEMPLE**  
LA MUÑEQUITA DEL CINEMA

**NO DEJES DE LEER**

las novelas de mis películas que  
aparecen en

**BIBLIOTECA FILMS**

La más antigua  
novela cinematográfica

Tomos a 25 céntimos

*El beso de la gloria*

*K. O. técnico*

*Amnesia efervescente*

*El debut de Kreta Karabo*

*La caravana del Orégano*

En prensa:

*Tarzán de los micos*

**EDICIONES**

**BIBLIOTECA FILMS**

Tomo: UNA peseta

*Dejada en prenda*

PEDIMOS A

Editorial "ABRAS" - Apartado 707 - Barcelona  
Servimos números sueltos y colecciones co- plejas  
previo envío del importe en sellos de correo. Remitan  
cinco céntimos para el certificado Franqueo gratis.

